

PITÁGORAS AL DÍA

Por Rafael Angarita Arvelo

Numerosa no parece en Venezuela la literatura específicamente científica a la vez que pedagógica. Libros de esta clase los hay con falla muy común de buen estilo y de gramática correcta. Autores tenemos más preocupados por argumentos, fundamentos y probanzas verificados en el curso de sus investigaciones que por la forma idiomática del texto para el público.

Sólo cuando estudios, conocimientos e ideas se expresan por medio de períodos claros, precisos y castizos adquiere la obra propia personalidad. Unidad didáctica divulgativa no reñida con normas esenciales de la construcción.

De donde *Pitágoras, fundador de las Ciencias Matemáticas*, volumen de la Biblioteca de nuestra Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales (1965), del cual es autor el Académico Miguel Parra León, Presidente de la Institución, además de significar conocimiento y dominio del asunto, elaborado con encomiable atención del idioma, ha de estimarse sin controversia entre las obras de ciencia bien escritas y bien organizadas dentro de su género en nuestro país.

“Una obra profunda (afirma el escritor Ramón J. Velásquez), llevada a cabo con modestia ejemplar. La obra de un hombre singular que sin afanes publicitarios ha ido hasta las raíces de nuestra problemática y ofrecido soluciones que no son meras elucubraciones de un técnico o especialista en determinada actividad, sino que van acompañadas de las reflexiones de quien ha bebido en las fuentes clásicas”.

Por su parte el prologuista doctor Marcel Granier-Doyeux, Presidente de la Academia Nacional de Medicina y Vicepresidente de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales, apunta: “Hace gala el autor de indiscutible conocimiento de la obra pitagórica al llevar a cabo un análisis.

minucioso de la "unidad metafísica" y de la "simbolización numérica". No está demás señalar la importancia que atribuye el autor al estudio de esta rama de las ciencias filosóficas y viene al caso recordar que, pese a los incontables ataques de que han sido objeto, son muchos los filósofos contemporáneos que siguen creyendo que la Metafísica es la suprema sabiduría racional, culminación de la Filosofía".

Explica el autor en *Nota liminar* que la publicación se debe a exigencias de un grupo de amigos por cuanto "puede ser útil a las actuales promociones de estudiantes, tan ajenas a los temas que en él (el libro) se desarrollan". Con ellos (los amigos) opino que una de las grandes fallas de los actuales programas venezolanos de instrucción consiste en menospreciar y, por tanto, excluir la llamada educación clásica, para ceñirse al estudio de las materias inherentes a los profesiones liberales y a las especialidades de tipo tecnológico. "Antes que técnico, en el sentido actual del vocablo, el hombre debe ser lógico. Con ello no atenta contra el desarrollo de las ciencias experimentales, porque una cosa no excluye la otra. La filosofía aúna los resultados de la experiencia y las exigencias de la razón".

Familias tradicionalistas se cuentan todavía entre nosotros que, marginando anacronismos de linaje, por herencia espiritual latente destacan en cada generación elementos de estudio y de arte como continuidad de su valor muy elevado. Muy aquilatado. Al azar, lejos de propósitos exclusivistas, cabe recordar en Mérida de los Caballeros a los Parra Picón, Febres Cordero, Picón Febres; en Caracas los Calcaño, Toro, Blanco, Tejera, Fombona; en el Zulia los Yepes; los Arvelo en el Llano (Barinas); en Trujillo los Briceño; en el Táchira rama de los Parra merideños, los Vallenilla en Oriente.

Recuerdo la infancia en nuestra San Cristóbal natal y tranquila, al amor de los cerros que la rodean con altiva majestad. En medio del sosiego casi campesino de entonces, cerca del templo en construcción, del cuartel, de la cárcel, de la casa de gobierno, de una Plaza Bolívar (Parroquia San Sebastián) frente al lado oeste del templo, sitio de animales realengos por lo general, y de una fuente al centro rodeada por rejas de hierro, crecimos y nos formamos para la vida tan plácida, tan rutinariamente como el mismo ambiente municipal que nos amparaba.

Coetáneos somos Caracciolo Parra León, Antonio Pulido Villafañe, sañas Medina Angarita, Manuel Antonio Vargas y el que esta nota escribe.

El primero en Cúcuta, con su familia. En Rubio el segundo, con la suya. Los demás en San Cristóbal.

De tiempo en tiempo, cuando a la ciudad llegaban los dos primeros, —cualquiera de ellos— reuníanse junto conmigo en casas de familiares para jugar en los solares de fondo. Para coger frutas de los árboles. Para intensificar cordialidad y compañerismo infantiles que incólumes van con los años a pesar de las bajas sufridas. No adivinábamos —no podíamos adivinarlo— el destino individual. Comprendimos en todo momento que para algo habríamos de servir y de ser útiles.

Vueltas y revueltas del mundo —nuestro pequeño, inconsecuentemente mundo— nos conducen hacia distintas posiciones, conformes siempre con la primitiva vocación. Manuel Antonio Vargas, poeta de gran porvenir, muere antes de los 18 años. Caracciolo Parra León muere en plenitud de creación. Con singular personalidad de escritor, historiador, jurista, académico, editor, profesor, autor de notables obras de investigación histórica. Isaías Medina Angarita, ilustre General Presidente de Venezuela, muere con amargura y desencanto entre el amor inquebrantable de su pueblo que jamás lo desconoce o lo reniega.

Proseguimos los otros el curso vital mientras el invierno agosta lo físico y en lo más recóndito del alma aún albean fervores no menguados de voluntad, consagración e integridad.

Menor que nosotros en pocos años, grave y silencioso desde su primera juventud, Miguel Parra León por tal razón se distanciaba de nuestra compañía, estableciendo normal separación de edades. De tarde en tarde lo veíamos en plan de estudios, libro entre las manos, mirada penetrante e inteligente de buen estudiante. Quizás desde entonces, sobre su formación intelectual, el número como signo de infinito ejerce influencias si no poéticas al menos de naturaleza creadora. Las matemáticas comienzan así a galvanizar sus objetivos de vida y de ciencia. Ingeniero al fin, persigue lo espiritual del guarismo, de los grados lineales, de los ángulos y los rectángulos.

Pitágoras y los pitagóricos conciben “un concepto inteligible para explicar el principio esencial de las cosas. Trataron de estudiar en forma muy amplia los números. Establecieron las series de los pares, de los impares, de los primos, cuadrados, cúbicos, etc. Buscando explicar numéricamente las co-

sas de la naturaleza, se dieron a interpretar las figuras geométricas y a establecer las relaciones numéricas que las definen”.

La filosofía espiritualista pitagórica y la matemática exactitud de sus pronunciamientos al día hoy como ayer informan de modo comprensible —admirable— el contenido de este libro para estudiantes y para sabios del cual es responsable Miguel Parra León, escritor científico irreprochable, conciso y elegante, digno de los mejores elogios, imbuído del aura lírica del número que comprende armonía y belleza tal como las estrellas en nuestro cielos de verano. Filosofía que enseña en los *Versos de oro*, atribuídos a Pitágoras o a sus discípulos:

*Abstente de manjares prohibidos
I aprende a distinguir unos de otros,
I piensa siempre que al dejar el cuerpo
Tu alma se elevará libre y serena
I serás inmortal como los dioses.*

Caracas: abril de 1966.